

Propedéutica pacífica de la paz

Peaceful propaedeutics of peace

ESPINOZA OSORIO, JORGE ARMANDO¹³

Resumen

El silencio, como espacio que hospeda al lenguaje, permite proponer una propedéutica pacífica por la cual los conceptos, como las palabras, se ponen en suspensión como forma única de habitar, volcando la mirada a la corporeidad como vivencia que busca en las palabras llenar de sentido lo intangible. Cuerpo como vivencia, vivencia como experiencia y ella como palabra, son el cuestionamiento a la figura actual del experto quien encuentra en los conceptos un estatus que le coloca en la cima de la pirámide de la educación donde el mutismo es imperante.

Palabras clave: propedéutica, pacífica, paz, cuerpo.

29

Abstract

Silence as a space that hosts language, allows us to propose a peaceful propaedeutic by which concepts and words are put in suspension as a unique way of inhabiting, turning our gaze to corporeality as an experience that seeks in words to fill the intangible with meaning. Body as involvement, involvement as experience and that's it as word, are the questioning of the current figure of the expert who finds in the concepts a status that places him at the top of the pyramid of education where mutism is prevailing.

Keywords: propaedeutic, peaceful, peace, body.

Recibido: 18/03//2021

Aceptado: 28/03/2021

¹³Doctorante en Estudios para la paz por la Universidad Mexiquense del Bicentenario. Lerma, Estado de México.
Correo electrónico: armandoepo30@gmail.com

Introducción

Una creencia, cuando no práctica común, es que, un experto puede llevar del plano abstracto del concepto a un plano de la experiencia del otro sin más aporte que el concepto mismo, de manera simultánea se han creado alrededor de tal creencia una serie de elementos que contengan de forma piramidal el orden, en cuya cúspide se ubica al experto quien asegura en su papel inalcanzable, el deseo del observador de conformar la base de aquella aplastante pirámide en la que hemos volcado a la educación. Los papeles ahí quedan designados al ejercicio de una relación de dominación del uno sobre el otro, la vivencia se constriñe en la más de las veces a una lluvia de palabras cuya simple repetición por parte del oyente basta para decir que el aprendizaje es el esperado. En esta relación causal, el relato del otro queda anulado por intención u omisión, acusado de estar en falta de, como una carencia de, en donde no se es ni se va siendo y en el que su singularidad sólo queda invisibilizada.

30

Así el ejercicio piramidal en forma descendente empieza por ir desdibujando el encuentro con el otro, a perder el rostro humano. El experto desliza las abstracciones en forma objetiva, presenta sus palabras cual autoridad certificada o como posibilidad única para aquel de la escucha, las singularidades se ven deslizadas a las normalidades, a la precisión de una máquina cuyo engranaje se lubrica con la vitalidad del recién llegado, del ajeno, del extranjero, cual campo de exterminio. La reproducción de esta máquina educativa es asegurada al permear todos los ámbitos en que aquel otro fluía en libertad; en todo ámbito se pretende entonces el grado de experto, se imita la estructura piramidal bajo la consigna de un mal que acecha en la ignorancia, el experto es legitimado y redime todo aquello que corrompe y cuestiona la producción capitalista, el mal es abatido no ya como una excepción, sino como una creciente amenaza donde se corre el riesgo de llevar un conflicto latente a una realidad totalitaria.

En tal condición, los estudios para la paz permiten deslizar hasta cierto punto el orden de las palabras, evoco al silencio como forma de la escucha, interpelo a una estrategia o método de silencio-escucha que suspenda intencionalidades de reproducción o borramiento de la singularidad y así se posibiliten relaciones en la hospitalidad, volcadas ellas no en llana inversión piramidal, no en franca abolición institucional o en ciego giro de la cúspide del conocimiento del experto sobre el individuo, sino en una suerte de propedéutica de la convivencia pacífica desde lo otro, sin prescripción ni decreto. Esta propedéutica del silencio de escucha, requiere configurar ciertas condiciones en palabras, las cuales prefiguren en un primer momento una condición lógica o racional que descoloque la condición de falta en la educación de aquel otro diferente del experto, así el nuestro comienza siendo fragilidad al silenciar el juicio implacable, fragilidad silenciosa que no mutismo, fragilidad acaso de leernos como posibilidades con lo otro, para dar paso a un se-

gundo momento en el cual el otro rompe el silencio y nombra en su propedéutica una forma singular de proponer las paces.

El imperio de la palabra

Hay un texto hermoso que me permite ensayar una idea fundada en su vaivén, un texto que muchos miran como un testimonio de la barbarie del hombre sobre el hombre, sin embargo, es posible leerle como claro encuentro de una relación con aquello que altera lo que hasta entonces se abstraía como realidad. En la obra *Si esto es un hombre*, Primo Levi (2002) nos acompaña dando cuenta en su narrar “que nuestra lengua no tiene palabras para expresar esta ofensa, la destrucción de un hombre” (p.13) y en ocasiones tampoco hay palabras para la ascensión de un hombre de aquella destrucción. Las palabras quizá no sean el inicio propedéutico de la miseria o la abundancia o cualquier otra de las experiencias posibles humanas. El autor nos muestra previo a ser capturado el encanto de las palabras en la libertad de su vida, y cómo esas palabras se ahogan de la inmersión del desencanto de no bastar para nombrar la miseria en el exterminio de lo diferente, siendo él, sus palabras y su identidad aquello que no encontraba hospitalidad en el orden imperante. El imperio del orden alemán se configuró en una burocracia sin nombre que delineaba ciertas funciones para lograr un proyecto de nación, en nuestro tiempo, el orden de la burocracia ha transitado a especialización de una disciplina donde el experto produce conceptos para regir la vida común.

En ningún modo se ha de equiparar un acontecimiento de mediados del siglo pasado con el inicio del XXI, mucho menos un campo de concentración con cualquier espacio institucional educativo, sin embargo, es posible advertir que las palabras son aún el imperio de la experiencia humana dentro de las instituciones, y que dichas palabras son constreñidas por conceptos que constituyen el pensamiento como realidad. Primo Levi nos permite repensar el sentido de las palabras y los conceptos fisurando la continuidad tradicional de comprender al lenguaje como inicio del todo. Su vivencia se transforma en experiencia y su experiencia en testimonio, es decir, lo primero es el silencio y no las palabras, el choque es entre su lenguaje que encuentra mutismo frente al orden alemán, un vacío que ocurre no ante la ausencia de sentido, sino ante la ausencia de palabra que significarían algo en el fondo babilónico del Lager, un dolor sin palabra retoma cual vuelco al cuerpo, ahí el hambre, el cansancio, el dolor, sólo puede ser narrado como “hambre reglamentaria” (Levi, 2002, p.19) incluso ahora fuera del encierro Primo Levi no encuentra palabra sino aproximación a aquello que desborda el significado de hambre-cansancio-dolor, el cuerpo habita entonces sin palabras, sin conceptos, para después apoyarse de las palabras y conceptos para elaborar una forma de comunicar aquello desconocido hasta entonces. Levi incluso nos muestra que, ante un lenguaje inhóspito, debe recurrir a nombrar con el dedo, en la señal busca

conciliar al cuerpo con la razón alemana, pero ante el totalitarismo en operación no hay relación humana posible.

Podemos acaso advertir una especie de propedéutica en la vivencia de Levi en el Lager, una propedéutica imperativa y unilateral sin la posibilidad de preguntas, observaciones, objeciones ni interpelaciones, cual línea recta que define sin dejar espacio a la ambigüedad, una propedéutica que designa pureza que no acepta la mezcla ni las transiciones o la pluralidad, la sofisticación de esta propedéutica en la actualidad, radica en la interiorización de los conceptos como forma legítima de comprender la realidad. En el siglo pasado los alemanes negaban la posibilidad de palabra bajo la impronta de un concepto de nación, en el siglo XXI los expertos designan la vida común renovando conceptos tales como salud pública, sana distancia, pandemia, confinamiento, entre otros. Al respecto Byung-Chul (2016) describe un ejercicio de poder por el cual, la coerción tiende a ser menor en tanto mayor identificación tenga la población con el proyecto del gobernante, en este caso no hay necesidad de elementos coercitivos al existir una figura experta en el tema de la salud quien define el distanciamiento en detrimento del afecto y la cercanía: aun cuando termine la pandemia la secuela de distanciamiento marcará un antes y un después del afecto íntimo y de su sustitución en la palabra, es esta nuestra educación.

32

Del mutismo al silencio

Negar el poder de la dimensión creadora de la palabra es cuestionar la realidad que nos constituye, lo cual no es la intención del presente texto, cuestionarle como única forma posible de acceder a la narración o testimonio de lo acontecido sí lo es. Precisando, ante la suspensión de la palabra no queda la nada como ausencia de, sino un silencio, y este silencio es el vacío y posibilidad de sentido no sólo de palabras, sino y en primer lugar con lo otro de las palabras, lo corporal. Se coincide de manera general con la postura de Mèlich (2001) al referir la diferencia fundamental entre mutismo y silencio, donde el primero es una negación y silencio es posibilidad, el mutismo como negación de la palabra o de un juicio que se debe callar ante la incapacidad de un espacio común para el dialogo y la compasión. Aquí el mutismo es la moneda de cambio más común de la verdad en la actualidad, se tiende a un mutismo políticamente correcto más que a una palabra comprometida en la relación con el otro o incluso más que un silencio de escucha. La comprensión del silencio sin embargo, nos lleva por un camino complejo en la lectura de Lévinas por Mèlich o Derrida, donde el silencio no es ausencia sino presencia, no es límite, a decir nuestro, es el espacio para la urdimbre del todo, y ese es el silencio de la hospitalidad, el silencio de escucha, un silencio que suspende los juicios para albergar la palabra del otro, alberga porque no pertenece a nadie, no es del yo, ni del tú, somos huéspedes del silencio, es en él en donde lo otro ha habitado desde

el principio, donde la vivencia propia sin palabras es. El silencio de escucha permite nuestra experiencia como propedéutica de una relación silencio-escucha-sentido-palabra, de un vínculo de un fluir en el otro, propedéutica de una lectura de silencio-escucha para deslizarnos al testimonio de una relación con lo otro vuelto palabra, llenando el sentido con nuestro sentir, nuestra corporeidad volcada a la palabra sin abreviar de la palabra como mutismo del cuerpo.

En Primo Levi encontré por vez primera una propedéutica de paz, no quiero decir un perdón y olvido, sino un vuelco a la experiencia corpórea que fluía en las palabras antes y al inicio de su encierro, el orden irrumpido del lenguaje en el Lager, su cuerpo por instantes habitaba un país ajeno sin lenguaje, su dolor y pasión no son ya sino aquello que nace en un país ajeno y que reconoce el lenguaje como ajeno, donde todos hemos de habitar, pero el lenguaje mismo habita en el silencio que le hace posible de sentido. Digo propedéutica de paz, porque su testimonio es una lectura con Primo Levi y no de él, una lectura que no parte en línea continua de las palabras a la mirada y de la mirada a la palabra, parte del silencio y del cuerpo habitando ese silencio, no hay sentido para ese cuerpo de ser exterminado, y el cuerpo entonces nombra para dar sentido, ahí no hay experto posible, no hay un orden piramidal, sólo el cuerpo en su desnudez intenta nombrar para dar sentido a una relación con lo otro, no para dar cuenta de Levi por Levi, sino para dar cuenta del encuentro de su corporeidad con el lenguaje.

Educación en lo habitual

Dar cuenta de uno o de sí con relación al otro sea quizá el propósito más grande de la educación, para Kant (2009) “tan sólo por la educación puede el hombre llegar a ser hombre. El hombre no es más que lo que la educación hace de él” (p. 31) sin embargo la educación en el presente tiene distintos matices que merecen un espacio mucho más amplio que el ensayo para su discusión, asumamos que cualquier forma educativa tiene como espacio privilegiado en la sociedad actual la escolarización, concediendo que tal espacio tiene permeabilidad multidireccional a otras formas institucionales, donde de manera general se encuentran delimitadas funciones específicas, organizadas de manera piramidal, siendo el alumno la base de dicha conformación, incluso el Estado como concreción máxima del concepto se estructura en dicha forma. Que la estructura escolar se presenta en las condiciones sugeridas arriba no puede ser casualidad, obedece a un orden establecido que promueve ciertos valores que entran en conflicto con lo que suele decirse “el deseo individual” dicho de otro modo, con un ejercicio de su poder.

Si bien el poder como objeto ha sido abordado por distintos autores, podemos retomar la síntesis que hace Byung-Chul (2019) sobre los más relevantes a su entender y el nuestro, incluso podemos intuir del concepto que, un ejercicio de poder implica mayor o menor coerción en tanto mayor o menor identificación exista del

proyecto del que ejerce sobre el otro, si bien poder no es sinónimo de coerción, tampoco en ninguna forma exige su extinción, de ahí que el autor propone la amabilidad en transición del poder para dar cuenta de la realidad actual, esta palabra “amabilidad” en ciernes de ser concepto no expone con claridad la sucesión del poder a otro significante, hospitalidad en tanto concepto de Derrida nos aproxima en mayor grado a nuestra presentación inicial. En la pregunta por la hospitalidad, Derrida se interroga si es una pregunta venida del extranjero dirigida al extranjero, hace alusión al sentido que Lévinas (2002) realiza sobre “el deseo de un país donde no nacimos” (p.58) y que por tanto toda pregunta sobre la posibilidad de hospitalidad es una interpelación a nosotros en nuestra extranjería, sin embargo la impronta del límite del logos griego evoca al lugar de la familiaridad, a exigirle al extranjero (como a nosotros mismos) el hablar nuestra lengua, por ello la paradoja en mayor grado es si para nosotros mismos no somos extranjeros de aquello que tratamos con tanta familiaridad; el lenguaje nos juega la treta de suponernos poseedores de él, nativos de ese territorio que en realidad es el país del otro, ajeno es el lenguaje del sofista, ajeno el lenguaje del político, ajeno el lenguaje del experto.

34

Estamos habituados a una lengua, a un orden que nos conduce en su forma institucional a aquel que detenta una forma de poder, de poseer y por ello suponemos su ser, ¿acaso no hemos escuchado más de una ocasión: quiero ir a la escuela para ser alguien en la vida?, de ello que la pregunta por la posibilidad de hospitalidad no sea tan ajena, porque nuestra extranjería del lenguaje se apacigua con la invariable distinción más actual del “Yo” cartesiano fijado y diferenciado del no yo, por ello nos adherimos a esta forma de educarnos para pertenecer y buscar identidad de lenguaje, territorio, costumbres, pero no para educarnos en la diferencia, en lo otro del lenguaje. Las estructuras piramidales existentes nos imponen propedéutica del mismo orden, procurar una inversión de sentido o una horizontalidad desde la lógica de la forma habitual es tal vez poco menos que imposible, sugerir una propedéutica pacífica inscrita en lo otro del lenguaje es una carencia de razón.

La propedéutica pacífica de la paz

Una propedéutica designa de manera general una intención sobre un objeto desde cierta disciplina y está articulada de tal manera que ubica un concepto principal que guía a las categorías periféricas para un entendimiento preciso, la propedéutica irradia del concepto sus posibilidades, de ello una propedéutica clínica o una propedéutica sobre un autor significan ya un conocimiento a priori al que se hace referencia, es una intención previa a su lectura. Si concedemos un breve espacio para pensar las paces, encontraremos que no es posible asignar una serie de lecturas que den cuenta de la paz como objeto, por el contrario, encontraremos que hacer las paces es un discontinuo y en las más de las veces, son rupturas modestas con los conceptos establecidos. Si escindimos de la propedéutica la intencionali-

dad de un medio para un fin, es posible encontrarnos con la necesidad de producir conceptos innovadores, si partimos del concepto como centralidad corremos gran riesgo de transitar un camino ya transitado por otro, si bien ahí el ahorro de energía es considerable, la emulación sin compasión con aplomo se presenta.

La propedéutica pacífica de la paz se escinde brevemente de la razón, no porque huya de su encuentro, sino porque se acoge a que en el silencio se suspende la intención, y sin intención primera es el sujeto quien buscará producir sentido volcado a palabra, al comunicarse con lo otro del lenguaje la paz busca a la razón. Primo Levi nos muestra su vivencia tornada en testimonio que pone en suspensión el juicio, en ocasiones no encuentra palabras para definir lo que en cuerpo fue compasión, su testimonio transita de la destrucción del hombre ante la falta de la palabra en el Lager, a una ascensión al hombre por la palabra, en ese estar en medio, en suspensión, en ese silencio de posibilidad es donde se constituye una forma de lectura de paz y encuentro vinculatorio. El lector preguntará, ¿cuál paz? Levi da testimonio de una situación límite, no busca comprensión de ella por nosotros, no busca juicio ni restauración, no es razonable nada de ello, Levi narra su encuentro con lo otro del lenguaje para llenar de sentido su vuelta al lenguaje, no intenta extrapolar conceptos a su testimonio que lo llevaría a un juicio, él testimonia el lugar en que se habita sin palabras.

Cada uno que da testimonio de alguna experiencia acude a su memoria en busca de palabras que le den cordura, se sabe en la mirada de los otros, en un juicio incesante de credibilidad, en la lógica de su decir, pues su testimonio es la forma en que será leído conceptualmente, los calificativos de loco, desequilibrado, absurdo, cursi, sensible, melancólico, exitoso, fracasado, entre otros, siempre estarán latentes en el juicio del observador sobre aquel que da testimonio, trabajar en el silencio es abrir la posibilidad de la vinculación en compasión, ahí se abre una lectura no ya del sujeto, sino de uno fluyendo en lo otro. La propedéutica pacífica de la paz es una proposición de vinculación que suspende el juicio del concepto y apertura fragilidad en las palabras con que uno se va leyendo al ser ya parte de lo otro, no parte del concepto, sino del silencio, no niega la razón, pero le coloca en suspensión, aboga a ello porque todos en algún momento hemos sido extranjeros del lenguaje.

Dar un giro a lo unívoco del concepto o de lo objetivo en detrimento de la multiplicidad o de la subjetividad no es en modo alguno un descubrimiento de este texto, se sustenta en el trabajo de aquellos que han observado que en la realidad de manera subrepticia a veces, de manera irreverente en otras, hay algo más allá del lenguaje, hay algo más que lo transparentemente evidente, sea el caso de Galtung con la paz positiva advirtiendo una estructura como rectora de realidad, de la cuál abrevamos para pensar en aquello en que irrumpe tal estructura. Se retoma del mismo autor el conflicto como presencia inherente a la voluntad de educar lo brioso en los individuos, donde el conflicto no es visto como algo negativo, sino

como fisura para advertir lo inhóspito en cada uno de nosotros y en relación con los otros.

La Propedéutica Pacífica de la Paz de manera más llana, es deudora del pensamiento de Martínez (2009) bajo ciertas consideraciones de pensar un método flexible o como guía de lectura en consideración de un giro epistemológico propio de los Estudios para la paz del cual retomamos 7 de los 15 planteamientos a desarrollar;

1. En lugar de la objetividad, deberíamos resaltar el carácter inter-subjetivo de la ciencia que pone de manifiesto la interpelación mutua entre las personas implicadas.
2. En lugar de la perspectiva del observador, deberíamos resaltar la perspectiva del participante.
3. En lugar de la relación entre sujeto y objeto, deberíamos resaltar la relación entre personas que tienen derecho a opinar...
8. En lugar de la unilateralización de la razón, deberíamos resaltar la relación entre razón, sentimientos, emociones, cariño y ternura...
10. En lugar de ver el mundo como un espacio abstracto, deberíamos resaltar su existencia como un mundo formado por una diversidad de lugares...
14. En lugar de ver sólo el papel de la vulnerabilidad humana en el desarrollo de los mecanismos de agresión, deberíamos resaltar su valor para originar ternura.
15. En lugar de entender que la paz es sólo cosa de santos o héroes, deberíamos resaltar que la paz es para gente como nosotros. (p. 96)

36

En cualquier recuerdo hay narrativa y en ella una relación mutua que implica una vinculación que interpela a otro, no hay observador y observado, hay participación de la condición humana, dicho de otro modo, hay palabra y cuerpo sin escisión, se habita en la abstracción del lenguaje, pero se advierte el silencio como principio de él, nos desdoblamos en la destrucción del hombre como orden para ascender como seres de emociones, nuestro ensayo es posible porque hemos rozado por instantes eso que llamamos propedéutica pacífica de la paz.

Lo propuesta tiene como camino sin fin “La paz perpetua” en el sentido que Kant (2018) le confiere en la formación de un “Estado de pueblos” como ejercicio cosmopolita, sin embargo es la transición de un estado de naturaleza (concediendo que dicho estado sea metáfora) a un estado de legalidad que encuentra su posibilidad sólo en la educación, pero la educación por sí misma no es natural, sino el tránsito del silencio a las palabras, y no a la inversa, es decir, la paz no surge de un Estado, sino de una transición metafórica del estado de naturaleza que se desliza al orden del lenguaje jurídico y con ello la posible consolidación de una unión de Estados, esta paz no se nos muestra como una imposición (incluso el contrato social es entre hombres libres) o esencia, sino como una educación, en congruencia

con una condición de libertad, la propedéutica de la paz ahí debe ser de la misma índole (pacifista), pues una idea racional inscrita en una comunidad pacífica y cosmopolita, ha de iniciar en la educación hospitalaria de la llegada al lenguaje.

A manera de reflexión final

Resulta interesante y un reto el hilar y deshilar la pregunta de ¿hasta dónde nos es posible el cuestionarnos aquello que hasta hace un momento nos ha definido? Nuestra tranquilidad o seguridad de pertenecer ahí, pierde su inocencia, nos vemos desnudos preguntándonos por aquello que vela nuestra desnudez, sea lenguaje o silencio, no podemos salir intactos de esta pregunta que nos descoloca; sea esto quizá nuestra única condición de libertad, la de preguntarnos por aquello que creímos nos determina. La pregunta no encuentra fin último, pero juguetea con la cómoda idea del ir y venir de la desnudez al velo y viceversa, pues en nuestra sociedad el compromiso en la palabra ha transitado de manera avasallante al mutismo, ya sea en la impronta de jugarnos en la palabra o en la necesidad de buscar quimeras, encontramos en la pregunta un momento de libertad, libertad de decir y de desdecirnos, sea de uno o por el otro que nos atraviesa en cada pensamiento o en cada palabra.

En el encuentro con la paz, uno se impacta consigo o con la idea de uno mismo, se impacta porque se encuentra con la huella producida por el movimiento de la historia que se cree propia, la huella que se encuentra frente a nosotros significa un camino andado, la historia que no sólo pertenece a uno, la huella es la presencia de otros en el arduo camino de la paz, sea este nuestro acompañamiento en tal camino, sea este no una huella sino el paso a un andar con el otro.

Referencias bibliográficas

- Byung-Chul, Han (2016), *Sobre el poder*. Herder.
- Byung-Chul, Han (2019). *Hegel y el poder. Un ensayo sobre la amabilidad*. Herder.
- Derrida, Jacques (2008). *La hospitalidad*. Ediciones de la Flor.
- Kant, Immanuel ((2009). *Sobre pedagogía*. Editorial Universidad Nacional de Córdoba. Encuentro Grupo Editor.
- Kant, Immanuel ((2018). *Hacia la paz perpetua*. FCE, UAM, UNAM.
- Levi, Primo. (2002). *Si esto es un hombre*. Muchnik Editores.
- Lévinas, Emmanuel (2002). *Totalidad e infinito*. Ediciones Salamanca.
- Mèlich, Joan-Carles (2001). *La ausencia del testimonio. Ética y pedagogía en los relatos del holocausto*. Anthropos.

Calderón Concha, Percy. *Teoría de conflictos de Johan Galtung.* Revista de Paz y Conflictos, núm. 2, 2009, pp. 60-81. <https://www.redalyc.org/pdf/2050/205016389005.pdf>

Martínez Guzmán, Vicent, Comins Mingol I. y París Albert, S. La nueva agenda de la filosofía para el siglo XXI: los estudios para la paz. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 16, 2009, pp. 91-114.

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10512244005>